

por qué tal terrorismo sigue siendo posible en Italia. Está, es verdad, la crisis económica, que, con la inestabilidad del trabajo, crea un terreno abonado para la revuelta. Está también la crisis política, que revela la extensión del "malgoverno" de la Democracia Cristiana y provoca la desconfianza. A lo que hay que añadir la difusión del mito de la violencia, especie de "atajo" para obtener satisfacción, que se opone directamente a la estrategia progresiva y prudente del Partido Comunista. Finalmente están las responsabilidades de la propia izquierda, particularmente del PCI, que han formado hasta una fecha reciente a generaciones enteras de militantes en el antistatismo y en la revuelta sistemática contra las instituciones.

Pero existen también razones más precisas. El hecho es que la Policía y los sistemas de protección del Estado se muestran tan ineficaces o tan poco coordinados —a veces reprimen con dureza exagerada, a veces parece que no existen—, que sólo en 1976 se produjeron quinientas veintidós fugas de prisión, de las que cincuenta y dos estaban relacionadas con el terrorismo "rojo", y que, también en 1976, se incautaron nada menos que sesenta y tres fusiles ametralladores, setecientos treinta fusiles automáticos, ciento cuarenta y cuatro revólveres, mil doscientos cuarenta y siete bombas de mortero y cuatro mil trescientos kilos de explosivos, lo que revela la existencia de un tráfico de armas sin precedentes.

El hecho es que, como subraya Ugo Pecchioli, cincuenta y dos años, "ministro del Interior" del PCI, "existe actualmente en el mercado internacional un pequeño ejército de provocadores

profesionales 'liberados' por la reorganización de los servicios secretos españoles, portugueses, franceses y germano-occidentales". Estos personajes dudosos, especie de mercenarios intereuropeos, constituirían una base tecnológica seria, siempre disponibles por poco dinero. Lo que, a falta de una explicación de las causas profundas del terrorismo, permite, no obstante, comprender su terrible técnica, e introduce de paso una noción cara a la izquierda italiana, la de la "estrategia de la tensión", que sería más o menos manipulada por los servicios secretos italianos y extranjeros. Habría, pues, "burattinai", títeres, que manejarían los hilos de la conspiración contra la democracia en Italia.

Italia, ese país en la punta Sur de Europa, donde la combatividad de los trabajadores sigue siendo elevada y donde el Partido Comunista está reclamando ya responsabilidades gubernamentales, sería, pues, debido a ciertas debilidades estructurales en la organización del Estado, el lugar donde ciertos sabios estrategas han decidido asestar un golpe definitivo a la penetración del movimiento obrero en las instituciones de la burguesía.

¿Una confirmación de esta sospecha? La sensacional confesión de tres terroristas —de diecisiete, dieciocho y diecinueve años— del grupo Primera Línea, publicada por el semanario "Panorama", del 20 de diciembre: Cesare, Giorgio y Carlo cuentan cómo, a partir de su modesta militancia inicial en los Colectivos autónomos turineses, se vieron inducidos progresivamente, por una especie de jefe exterior y misterioso, a manejar armas y realizar atentados que firmaban "Primera Línea": "Me encontré, cuenta Cesare, empuñando un 7,65. Y no quise hacer un mal papel... ■ ♦ "Le Nouvel Observateur".

# El gran salto del P.C.I.



Enrico Berlinguer.

**C**UANDO Enrico Berlinguer, secretario general del PCI, entra, el miércoles 7 de diciembre, a las nueve horas, en la sala de reuniones de la dirección del partido, los treinta y tres dirigentes que le están esperando observan, a la primera ojeada, que tiene otra vez el aire de los días triunfales. Y no se engañarán: la reunión, que debía durar cuatro horas, se prolongará hasta las siete de la tarde y Berlinguer hablará durante una hora y cuarto. Dramático, atormentado, el secretario general pasa revista a los cuatro años últimos de la vida del partido. Hace un balance sin concesiones de la situación del país y del PCI. Expone, con casi maníaca precisión, las tres posibilidades que se le ofrecen al PCI: volver a la oposición; mantener la situación actual, juzgada como demasiado "ambigua", incluso por gente del partido; dar un acelerón con vistas a entrar en el Gobierno.

Triunfa la última alternativa. Los comunistas —que suman el 34,5 por 100 de los sufragios en las últimas elecciones legislativas— reclaman "un Gobierno de unidad y de solidaridad democrática con todos los partidos de izquierda, un Gobierno que tenga la autoridad y el prestigio suficientes para afrontar y resolver los grandes problemas del momento". La candidatura esta vez es oficial. "Queremos ministros", dice alguien próximo al secretario general. "Se acabó la política de los pequeños pasos", dice otro. La base está como de fiesta: parece que "respira", que "ve claro", tiene la impresión de haber dejado por fin atrás la "viscosidad" que caracterizaba, desde hacía año y medio, a la política de abstención parlamentaria de los comunistas a favor del Gobierno demócrata-cristiano de Giulio Andreotti, que ya empieza a contar los días que le quedan hasta la caída definitiva.

Ahora que republicanos, socialistas y comunistas están de acuerdo en retirarle su "no-desconfianza" y en reclamar al unísono un Gobierno "de urgencia" con el PCI, Giulio Andreotti, que ocupa el Palazzo Chigi desde el 11 de agosto de 1976, está en grave peligro.

¿Por qué los comunistas italianos, que habían dado pruebas hasta ahora de una santa paciencia digna de Job, han decidido bruscamente "jugar fuerte" y hacer valer la fuerza política y electoral que representan? ¿Aceptarán esta vez la democracia cristiana pasar el Rubicón? Pero vamos primeramente las motivaciones comunistas. Que son de dos órdenes.

1. Italia se dirige velozmente hacia un "crac" económico de envergadura, hacia una especie de bancarrota financiera, al menos por lo que respecta a las empresas nacionalizadas. Italsider (siderurgia nacional) no dispone ya de liquidez para pagar a sus empleados. Los grandes comisarios demócrata-cris-

tianos que "ocupan" literalmente las empresas dependientes del Estado han protagonizado grandes escándalos político-financieros. Algunos abandonan ya el barco. Hay en el país un millón setecientos mil parados. Pues bien, ¿qué propone el Gobierno en el plan económico sometido a la consideración de sindicatos y partidos? Créditos sin contrapartida —es decir, sin ninguna garantía de saneamiento— para las empresas nacionalizadas deficitarias, aumento de las tarifas públicas, medidas de salvación indiscriminadas para las empresas privadas en dificultades. En resumidas cuentas, un plan que no puede frenar ni la inflación ni la recesión y que carece totalmente de rigor en sus alternativas de austeridad. Estos son los principales defectos que han visto en él tanto los sindicatos como el Partido Comunista. Por otro lado, el Gobierno se está mostrando incapaz de controlar el orden público y de dominar el "terrorismo rojo".

2. La combatividad obrera sigue siendo intensa, a pesar de la acumulación de las dificultades económicas. La manifestación del 2 de diciembre —que protagonizaron doscientos mil metalúrgicos, parados y estudiantes por las calles de Roma— ha constituido una divina sorpresa para el PCI. Este pudo comprobar entonces cómo decenas de millares de comunistas, con "L'Unità" en el bolsillo, desfilaban a los gritos de: "Andreotti, te vamos a despellear", o "Ya es hora, ya es hora, el poder para quien labora", y también "Cambiamos esta cochina sociedad". El espectáculo romano abrió los ojos a la dirección comunista: la base obrera no ha bajado el puño.

Una crisis grave, a la vez política, moral y económica, y una combatividad obrera, hasta ahora intacta: la conjunción de ambos elementos ha sido la que ha hecho que el PCI, cuyo realismo es legendario, tomase conciencia de su fuerza y presentase por fin su candidatura a la gestión del país. Pero hay fuertes resistencias entre los te-cristianos: Andreotti quisiera "tutelar" la crisis hasta la primavera. Aldo Moro, presidente de la democracia cristiana, piensa que unas elecciones anticipadas deben preceder a la entrada de los comunistas en el Gobierno. Entre los propios socialistas, algunos empiezan a dudar de la utilidad de desentender la crisis de modo inmediato.

Por otra parte, cierto número de sindicatos "autónomos" de transportes han decidido, como por azar, lanzar huelgas "a la chilena" que podrían, por ejemplo, aislar el Sur del Norte. Y los terroristas no han dicho todavía su última palabra. De ahí que muchos se pregunten si el PCI no se habrá despertado a la realidad demasiado tarde. ■ MARCELLE PADOVANI. ♦ "Le Nouvel Observateur".



Violencia, esta vez negra: El juez Vittorio Occorso, asesinado en Roma.